

omnes fugerunt. El vacío se forma á su alrededor, y recorre su vía dolorosa, en medio de la indiferencia de las naciones.

De esta indiferencia monstruosa, presagio siniestro de catástrofes sin nombre; ¿quién tiene la culpa? No se ama lo que no se conoce. Ahora bien; ¿hay, cosa menos conocida, que el Papa, aun entre los mismos católicos? Saben, si, únicamente, que en la actualidad, el Papa es el jefe de la Iglesia, que instituye los obispos, y canoniza los santos.

Empero, ¿qué saben las generaciones modernas del lugar que el Papa ocupa en el mundo; de la obediencia filial que le deben los reyes y los pueblos; de la influencia que tienen todos sus actos, tanto en el orden temporal, como en el orden espiritual; de los beneficios inmensos de que le es deudor el género humano, y de la independencia tan necesaria á su Sede?

Nada.

¿De quién es la falta? Aun á riesgo de fastidiar á ciertos oídos, no nos cansaremos de proclamar la verdad. Nos dirijimos á cuantos han hecho estudios clásicos, y á la sociedad formada á imagen de esos estudios, y les preguntaremos, si han hojeado un solo libro griego, latin, francés, histórico, filológico, u otro, que conteste con formalidad y verdaderamente, á esta cuestion fundamental: *Para qué sirve el Papa?*

Cada uno de nosotros puede decir con verdad: «Sabemos de memoria lo que representaban los diferentes dioses del paganismo; las luchas de los patrios y de los plebeyos; las decisiones, más ó menos importantes del senado y del areopago; las faltas, los ademanes y frases de Alejandro, de César, de Sócrates, y de Cicerón.

«Empero, ¿qué es lo que sabemos de la necesidad del Pape; de las luchas heroicas de los Papas en favor de la libertad de los pueblos; de los beneficios de los Papas de las victorias de los Papas sobre la fuerza bruta y sobre la barbarie; de la alta sabiduría de los Papas en el gobierno del mundo? ¿Quién nos ha hablado jamás de esas cosas?

«Toda nuestra instruccion clásica, histórica, literaria, jurídica, política, y algunas veces, hasta la teológica, es indiferente ú hostil al Papado. ¿Y hay que admirarse de que, en presencia de sus enemigos, nosotros permanezcamos indiferentes, mudos, desar-

mados? Nosotros somos lo que se nos ha hecho. Empero, si somos culpables, más culpables son todavía los que nos han hecho tales cuales somos.»

XIII.

Advertencias solemnes.

En medio de estas disposiciones lamentables, cuya responsabilidad pesa con más fuerza sobre quienes ménos lo creen; ¿qué hace el Santo Padre? Humillado, saciado de ultrajes, amenazado con perder su libertad, y quizá su vida, se dirige á todos y á cada uno; á los reyes, lo mismo que á los pueblos; y en forma de solemne despido, les dice estas palabras de Jeremias, que parecen escritas para la actualidad: *Aquí me tenéis: estoy en vuestras manos: haced de mí lo que mejor os parezca. Sabed, empero, y tened por cierto, que si me quitais la vida, derramareis la sangre inocente, y la haréis recaer sobre vosotros mismos, sobre esta ciudad y sobre sus habitantes, porque verdaderamente es el Señor el que me ha enviado á intimar á vuestros oídos todas las dichas palabras; esto es, porque yo soy verdaderamente el Vicegerente de Dios, el Organo de sus voluntades, el Depositario de sus derechos (1).*

¿Será atendido? Puede ser, no lo sabemos.

Lo que si sabemos de cierto, es, que el mundo pasará; mas, las palabras de la eterna Verdad no pasarán. Cuando, lo mismo que sus antecesores, los enemigos actuales del Papado sean desmentados como un vaso de barro; y cuando la Revolución haya arrojado su polvo al viento, el Papa, el unico poder que sobrevivirá, continuará repitiendo, en medio de las ruinas de las cosas humanas, el cántico de su real inmortalidad: *Et portæ inferi non prevalebunt.*

(1) *Ego autem ecce in manibus vestris sum: facite mihi quod bonum et rectum est in oculis vestris; verumtamen scitote et cognoscite quod si occideritis me, sanguinem innocentem tradetis contra vosmetipsos, et contra civitatem istam, et habitatores ejus: in veritate enim misit me Dominus ad vos, ut loquerer in auribus vestris omnia verba hæc. (XXVI, 14 et 15).*

ROMA Y LA FRANCIA.

I.

Roma 9 Febrero 1874.

He llegado á Roma: el último de los misioneros de la verdad siente, tanto como cualquier otro, la necesidad de adquirir nuevas fuerzas y energía en un baño de luz, y la luz, no hay que buscarla en otra parte: en el Vaticano brilla con todo su esplendor. Allí se encuentra uno, en presencia de un anciano cautivo, y más que octogenario: este venerable cautivo tiene palabras de vida, y es el unico hombre joven que se halla en la nueva Roma: todo lo demás, que data de ayer, es ya decrepito: ese octogenario es joven, porque lo que es eterno, no envejece nunca.

Se arrojadla uno á los pies de ese anciano, que os dice «Hijo mío, yo te bendigo.» Y al levantarse, se acerca á alguna de las grandes ventanas del palacio apostólico, desde donde se descubre la ciudad eterna. La muchedumbre está allí; muchedumbre que se agita y corre en todas direcciones.

Mezclados con los vendedos, los representantes y los agentes de Alemania, los ministros del reino, los senadores, los diputados, los hombres del dinero, y los hombres de rapña, todos están allí como hormigas, que trabajan. Sin embargo, por do quiera se oye decir, que esas hormigas van á edificar un mundo nuevo: no lo creais; cuando habrán esquilamado los pueblos, y chupado hasta la última gota de sangre, que les sacaran con las uñas prestadas por Satanás; cuando tendrán maquilladas y laeradas sus carnes, esos pueblos, vendrán entonces á doblar las rodillas á los pies del Santo Padre, y es te los dirá: «Hijos míos, yo os bendigo.» Y el mundo eterno renacerá bajo esta podero-

sa invocación: Cristo se dignará permanecer otra vez entre nosotros.

El mundo nuevo, que se ha introducido en Roma, desde el 20 de setiembre de 1870, es más que decrepito; se desmorona, cae en podredumbre; y esa podredumbre corrompe cuanto toca: la gangrena se apodera de todas las naciones: todas están representadas cerca de la nueva Roma; todas se glorían de estar en las mejores relaciones con el nuevo orden de cosas: entre la diplomacia y los ministros de Italia, reina perfecto acuerdo acerca de muchos puntos, sobre todo, acerca de que la Iglesia de Dios ha terminado su ciclo, y nada tiene que hacer en este mundo: su mision ha concluido: la nueva civilización tiene derecho á la dominación suprema.

El periodismo, este arietete poderoso del ejército satánico, opina como los ministros y los diplomáticos; y se ha repartido el trabajo. Los periodistas, unos hablan de Cristo y de su religion, para manifestar que ya de nada sirven: son los que pertenecen á la prensa avanzada; otros, no se ocupan ni de Cristo, ni de su religion, juzgando que el cristianismo, ha sido, y con razon, enterrado para siempre; y éstos pertenecen á la prensa moderada: el veneno, que destilan esos dos alambiques de ideas, se cree, generalmente, suficiente para emponzoñar á todo el género humano. Y á primera vista, tal creencia no peca de exageracion.

Todas las medidas, pues, están perfectamente tomadas por la secta, y Satanás puede sancionarias con su *visto bueno*; y á este le es permitido entever un resultado favorable á la lucha que ha empeñado, tantos siglos há, contra la Iglesia: la gangrena ha causado ya inmensos desastres: la agonía del orden social cristiano se manifiesta por

muchas señales: Abel, parece abandonado á Cain.

Empero, si habeis tenido la dicha de oír la palabra de Pio IX: «¡hijo mio, yo te bendigo,» os sentís transformados; un sentimiento nuevo se apodera de vuestro corazón, un nuevo horizonte se abre á vuestra mirada. Entonces se tiene valor para recorrer la ciudad, donde la piqueta anticristiana está acumulando riquezas: la voz del Santo Padre os anuncia un mejor porvenir; y alguna cosa os dice, que esta voz es la de un profeta. Se ora, se espera, y se compadece al obrero que trabaja en la demolición. ¿De dónde os viene esta explosión de confianza, en el instante mismo en que estabais á punto de desfallecer?

Dejemos aparte lo sobrenatural, que no debe ser tratado por el periodista. Al cruzar la plaza de los Doce Apóstoles, vereis encima de la puerta de un palacio, una asta, en la cual está arrollada la tela; y si bien miráis, distinguireis, aunque con alguna dificultad, sus colores: el azul, el blanco y el rojo: es la bandera de Francia. Os preguntáis á vos mismo, ¿de qué Francia es esta bandera, de la Francia del tiempo pasado, ó de la del porvenir? Los colores hablan: no es ni la una, ni la otra; es la Francia presente, la Francia indecisa, vacilante, entre lo que ha sido y lo que debe ser; bastante castigada para temblar, pensando en su pasado, no bastante corregida para crearse resueltamente una suerte mejor; olvidando muchas cosas de que debiera acordarse, pero conservando un recuerdo precioso. Aún en medio de sus angustias y desfallecimientos, recuerda que hay un Vicario de Jesucristo.

Esa bandera está arrollada, es verdad, en la asta, como si quisiera ocultar en sus múltiples pliegues los colores del 89; no se despegaba aliva, ni flota al viento; pero está allí, y el corazón del cristiano salta de júbilo al verla en la Roma de las ruinas, en la Roma sometida al despotismo del triángulo masónico. Hay, pues, una nación, para la cual el Papa está todavía sentado en el trono con toda su magestad. Siendo así, ¿quién puede decir, que esa nación haya sido vencida para siempre?

La presencia de esta bandera en Roma nos sugiere una serie de reflexiones sanas y vivificadoras. Los tres colores reúnen las dolorosas vicisitudes, que la primogenita de la Italia está sufriendo, desde casi un siglo;

nos hablan de los castigos antiguos y nuevos; nos representan con su abigarramiento los destrozos de la hora actual: es una Francia harto debilitada y torturada que te tiene á los ojos; empero esta Francia está en Roma; y el encontrarla junto al Santo Padre cautivo, ¿causa un gran gozo é infunde confianza.

Esa bandera ¿permanecerá allí? ¿se la verá en Roma por largo tiempo? ¿Hacia qué destinos camina la Francia? He aquí algunas cuestiones graves, que trataré de resolver en otra carta: una hora de recogimiento no es más que un instante, cuando se abriga la convicción profunda, de que la Francia es la que decide de los destinos—no de la Iglesia, pues no depende de los hombres,—sinó del orden social cristiano.

II.

Roma, 11 de Febrero 1874.

¿Qué es la Iglesia? Una institución que no puede engañar, ni ser engañada. ¿Qué es la Francia? La nación más dispuesta á dejarse engañar por las demás, y á engañarse á sí misma. Su naturaleza caballeresca, su lealtad perfecta, todas sus cualidades, lo mismo que todos sus defectos, la exponen á ese peligro.

Carlomagno, sea por inspiración de arriba, ó por inspiración de un genio, comprendió y preparó los destinos providenciales de la Francia. Vino á Roma, y dijo al Papa Leon: «Subid al trono, y desde él, difundid la luz y la verdad por toda la tierra. La Francia estará á vuestro lado, pues á la justicia de Dios es necesaria una espada, y esta espada es la Francia la que la empuñará.»

La Iglesia ocupó entonces la posición que le estaba destinada: posición bastante elevada, para que su voz resonase por todo el mundo; bastante modesta, para no experimentar las grandes vicisitudes de la política. Habiéndole Jesucristo confiado la salvación eterna y social del género humano, la Iglesia no tiene preferencias: ama con igual amor, y por el mismo título, al francés; al italiano, al alemán, al indio y al americano; á todos los hombres, que Cristo redimió con su Sangre, se les entregó por herencia, desde lo alto de la cruz. La misión de la Iglesia es universal, y ha recibido del mismo Cristo

toda potestad para ejercerla: su ejercicio, ninguna necesidad tiene de asistencia humana: la ejerce en las catacumbas, en medio de los idólatras, bajo gobiernos muy desconfiados ó hostiles, en medio de la persecución más cruel. Empero, mientras la Iglesia ha sido perseguida, el mundo ha sido constantemente desgraciado.

Para que su misión divina pueda producir en su manifestación exterior, el orden y la felicidad social, es necesario, que la Iglesia sea del todo libre é independiente; es necesario, que su luz resplandezca en lo alto, y que la mano del hombre no pueda ponerla debajo de un celamin. El plan providencial, que quiere la felicidad del género humano en Cristo, y por Cristo, ha señalado á la Iglesia un trono, y ha predestinado á la Francia para el honor insigne de colocarla en ese trono y mantenerla en él.

La Iglesia, que existe diez y nueve siglos hace, ó por decirlo mejor, que ha existido siempre, desde la creación del hombre, ha llenado en todo tiempo su misión de difundir la verdad, y combatir la mentira; ninguna fuerza diabólica ó humana, ha podido detenerla en su camino; empero, su completa libertad, su verdadera independencia, dada de Carlomagno. Desde esta época, las verdades, que había proclamado bajo el hacha del verdugo, las proclama todavía en alta voz, y son el germen de una civilización nueva, que ahuyenta las tinieblas y la idolatría. Esas verdades, recibidas libremente por dó quiera, hacen la dicha de todos los pueblos.

Después de Carlomagno, no hay juntas, ni congresos, ni tratados, en los cuales, no intervenga la Iglesia; y no interviene en ellos, sino para defender los intereses de la verdad. Todos los Estados se inspiran en las verdades eternas; convertidos á Cristo, sienten la necesidad de obtener la sanción del Vicario de Cristo en todas las cuestiones que se refieren á los grandes intereses sociales. La obra de la civilización de Europa se ha llevado á cabo, primero, con el auxilio de la Iglesia, de institución divina; y luego, con la ayuda del imperio de los franceses, predestinado providencialmente para apoyar la dominación espiritual de la Iglesia sobre el mundo.

Ahora se comprende muy bien, porque Roma, tierra madre de todas las naciones, destinada á regenerarlas todas igualmente

por Cristo, y á procurar la salvación temporal y eterna de todos los pueblos, confirió á la Francia el título de primogenita de la Iglesia. La Francia es verdaderamente su primogenita, porque ayuda á la madre en la educación de toda su familia.

Ese título, que los Papas le confirieron, designa perfectamente la misión de la Francia. Esta noble nación, tiene que ser, según el orden providencial, ó la espada de Cristo, ó la del Anticristo.

La Italia no es la nación de Dios: su destino es ser la casa del Señor. A esa nación se aplican las palabras del rei-profeta: *non fecit taliter omni nationi et judicium suum non manifestavit eis*. De ella se dice en el Cántico de los Cánticos: «he cultivado una viña para mi muy amada: está llena de flores y adornada de bellos mármoles.» La nación de Dios es la Francia, encargada de guardar la viña, y espada de las justicias de Dios en la tierra.

El desfallecimiento de la Francia y la creación del reino de Italia, son un indicio de que va á comenzar una era formidable. Los que no quieren verlo en las páginas inspiradas, que examinen el estado del mundo actual y se convencerán de esa verdad. Estos dos fenómenos históricos responden á una condición de cosas que nos llena de espanto. ¿Qué nación puede todavía vislumbrar el porvenir, sin temblar?—Tenemos un nuevo imperio, la Alemania; una nueva potencia, la Italia; una Rusia fuerte; una Inglaterra, reina del mundo por sus colonias; ¿qué falta, pues, para la seguridad general? La fuerza y la influencia han pasado á otros, nada ha cambiado en el grande edificio social. Que el Papa está cautivo, y la Francia se ve reducida á la impotencia, no es más que un pequeño incidente en la historia del mundo. Así es como raciocinan los incredúlos y los grandes políticos. No obstante, ese pequeño incidente sume al género humano en las tinieblas, y le empuja hacia abismos insondables. Hay que desconfiarse: la libertad de la Iglesia y el poder de la Francia son dos cosas necesarias para la felicidad del género humano.

La Francia desconoció su misión providencial en 89: ella creía poder detenerse en mitad del camino, como la Inglaterra, y otras naciones: se engañó; su destino es ir hasta el fin, lo mismo en el bien, que en el mal: el 89 engendró el 93. El destino del

mundo es seguir á la Francia, y seguirla fatalmente, aun á riesgo de perecer. Hoy día, todas las naciones se glorian de oponer el mundo moderno al mundo eterno: todas, como la Francia, llevan estampado en su frente este número fatal del 89, y todas también tendrán su 93.

No hay fuerza para evitar un cataclismo; empero la misericordia de Dios se acerca, se nos manifiesta con muchas señales, entre otras, con los castigos infligidos á la Francia. Como estos castigos no han producido todos los efectos que de ellos debían esperarse; es probable, que no hayan concluido todavía. Las desgracias recientes, y las que la amenazan, recordarán á la primogenita de la Iglesia sus destinos providenciales: La Francia ha sido sorprendida por Satanás, pero no ha sido aun arrancada del todo á Cristo; en medio de sus desfallecimientos, de sus revueltas, de sus extravíos y de sus crímenes, conserva algún recuerdo de su misión: su bandera permanece todavía en la ciudad de los Papas; y por débil que sea ese símbolo de la Francia á la Iglesia, no deja de ser la prenda de un porvenir mejor.

III.

Roma, 13 de Febrero 1874.

La Francia cercada de gobiernos hostiles ó indiferentes, amenazada en el interior por enemigos más temibles todavía, castigada por la mano de Dios é incapaz de remontrarse hasta el origen de su castigo, que, al mismo tiempo, es un acto de misericordia; se cree sumida en la impotencia más absoluta. La misma conducta ha observado con el rey, que se presentaba en nombre de Cristo, que con la república, que oculta bajo los pliegues de su manto el puñal y el petróleo: ha rechazado al uno, y á la otra.

La Francia se ha dicho: «La monarquía es un peso demasiado enorme, y la república, un peligro demasiado pavoroso. Es preciso que yo me organice en sociedad anónima. Peseo un hombre valiente, honrado y leal: este hombre será mi gerente por espacio de siete años.» Así es como se ha constituido el régimen actual. Bajo el punto de vista de la prudencia humana, nada tiene de reprehensible esa resolución; por eso nadie la ha condenado.

Pero está en los destinos de la Francia,

que la misma prudencia humana, suficiente á cualquiera otra nación, sea insuficiente para ella. Carlomagno le dió por base, á Dios por guía, y á la Iglesia por madre. Fuera de ese plan, nada sólido se edificará por ella y para ella. Las más grandes conquistas, los triunfos más espléndidos no la conducen, en definitiva, sino á derrotas, cuando traspasa los límites que la Providencia impuso á su misión.

La Rusia se dijo, después de la guerra de Crimea: «voy á recogerme;» y se recogió. La Francia ha hecho más: se ha dicho: «me eclipso, y me doy un gobierno, que no tiene nombre, y que no infundirá recelos, ni á las monarquías, ni á las repúblicas. Si este eclipse fuese posible, sería un hecho consumado. Felizmente para la sociedad cristiana, ese eclipse de la Francia no es posible: esto se ve, se toca. El gobierno, que ha tenido á bien darse, no basta á la seguridad del mundo anticristiano: este mundo nuevo le pide, es verdad, principios anónimos, y la Francia, aun con la más buena voluntad del mundo, no sabe, no puede acceder á esa pretensión.

Podemos, pues, preguntarnos: ¿qué ha ganado la Francia, rechazando al rey que se presentaba en nombre de Cristo y de su derecho, y firmando un contrato desiete años, que la Providencia no ha sancionado? Un disgusto del mariscal presidente, una enfermedad suya, su muerte (que Dios no permitía) mil cosas, pueden destruir lo que la prudencia humana ha edificado. Queriendo sustraerse de la Providencia divina, la Francia se ha entregado al acaso. Empero, es un gran consuelo para los cristianos el saber, que el mismo acaso está al servicio de la Providencia. Aguardemos, pues, y preparémonos de manera, que el acaso sirva á las miras de lo alto.

— He ahí lo que los católicos deben proponerse. Se ha firmado un contrato conforme al dictamen de la prudencia humana. ¿Durará siete años, ó cinco ó tres? Nadie lo sabe. Bien que esa prudencia no sea la mejor, ni la más aplicable á la Francia, con todo, de suyo, no es mala, y, por lo mismo, ningún católico está obligado á impugnarla. Estarían obligados á impugnarla el día, en que ese gobierno anónimo se declarase contra la fe. A Dios gracias, no nos hallamos ahora en semejante caso.

Las impaciencias, las imprudencias, las

intemperancias, no son virtudes cristianas. Es preciso trabajar con tanta energía, como calma, en la reconstitución de la Francia de Cristo. El gobierno actual no se opone á esa obra inmensa, y es todo lo que los cristianos pueden pedir á Dios en las circunstancias presentes. Con la oración alcanzaremos, que la Francia se disponga á desempeñar el papel, que el mundo se disponga á aceptar, a vez más, la influencia saludable de la primogenita de la Iglesia, restableciendo en todas partes la fe y la ley de Cristo.

Dios ha intervenido en Francia por medio de la humillación; y cuanto ha acontecido en ella, desde 1870, indica, que su mano quiere mantener todavía en tal estado á esta nación por cierto espacio de tiempo, y para su bien.

La multitud no acierta á ver las gracias divinas, que se ocultan en esa humillación; mas el hombre de fe, sabiendo que Dios humilla á los que quiere exaltar, se regocija al ver revestidos de esta forma los castigos de la Francia, porque descubre en ellos un motivo de esperanza para la primogenita de la Iglesia y para la sociedad cristiana. Si el mundo tocase á su fin, el Eterno no tendría mas que abandonar el género humano en poder de Satanás y del orgullo.

Para conducir otra vez el género humano al mundo eterno, Dios ¿escogerá todavía á la Francia? Si; ya que la ha visitado por la humillación: esa es su manera de llamar hácia él á los que han de ejecutar obras grandes. Y ¿que obra más grande que la de reedificar todo el edificio social? Pues bien; en el mundo nada se hace en Cristo y por Cristo, sino por medio de la humildad.

¿Cuántas promesas y cuánta misericordia no se descubren en el simple hecho, de ser la Francia y Roma visitadas, á la vez, por la humillación! ¿Cuán feliz horoscopo en cetro hecho, de que el Papa cautivo, vea todavía á su lado el representante de la Francia venciada! ¿Dónde está la victoria de Satanás, si después de un siglo de trabajo asiduo y febril, después de tantas revoluciones, agi-

taciones, aberraciones; después de tantas ruinas, de tanta sangre y de tantos derrumbamientos, la bandera de Francia queda enhiesta al lado de la del soberano Pontífice; si el orden providencial, que designa un lugar á la Francia, continúa desplegándose á la vista de todo el universo; y si la causa de la Iglesia y la de su hija primogenita, permanecen todavía indisolublemente unidas?

La unión de estas dos grandes causas, esta unión indestructible, que vemos con admiración continuar después de tantas sacudidas; al mismo tiempo que parece reasumir todas las tradiciones de Francia; es una prenda de sus gloriosos destinos futuros. Satanás y la secta cristiana tienen una noción clarísima de los destinos de la Francia: de la agitación de Bismarck, y de las Logias. ¿Qué saldrá de toda esta agitación? Nada que deha turbarnos.

La Francia no tiene que hacer más que seguir á Roma: la paciencia y la prudencia, estas dos hermanas de la humildad, son el que sobre que descansa y gira la conducta del Vaticano. Estas virtudes, más ó menos tarde, triunfan de todas las dificultades, por la razón de que pueden más que el mundo y el infierno. La fuerza no es una virtud, cuando no está fundada en la prudencia; y la prudencia es una palabra, que carece de sentido, cuando no la prepara la fuerza.

Sean aguardar nuestros hermanos los católicos franceses; no se permitan ninguna imprudencia, ni con respecto al gobierno que tienen, ni con respecto á las demás potencias; organicen su partido en silencio: el gobierno no pretende oponerseles, ni las potencias pueden impedirlo.

En los momentos supremos, en que nos hallamos los católicos, no conviene relatar á nadie: prepárense tan solo para estar dispuestos á aceptar el desafío cuando sean provocados: ni Dios, ni Roma, piden otra cosa; y eso es bastante para la gloria de Francia.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.
(Journal de Florence, 11, 15 y 30 de Febrero 1874.)